

ÁNGEL ISAC

ECLECTICISMO Y PENSAMIENTO ARQUITECTÓNICO
EN ESPAÑA

DISCURSOS. REVISTAS. CONGRESOS

Granada
2017

COLECCIÓN ARTE Y ARQUEOLOGÍA

© ÁNGEL ISAC

© DIPUTACIÓN DE GRANADA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

Eclecticismo y pensamiento arquitectónico en España
Discursos. Revistas. Congresos

ISBN (EUG): 978-84-338-6033-0

ISBN (DIPUTACIÓN DE GRANADA): 978-84-7807-570-6

Depósito legal: GR./316-2017

Editat: Editorial Universidad de Granada y Diputación de Granada

Fotocomposición: motu estudio

Imprime: Gráficas La Madraza, Albolote, Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

PRÓLOGO	9
La crisis del estilo en la arquitectura del siglo XIX	11
ESTUDIO INTRODUCTORIO	23
1 Preliminar	25
2 La disolución del clasicismo, el revivir de la Edad Media, y la condición ecléctica	30
I. LOS DISCURSOS DE ARQUITECTURA EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO.....	57
1 Academia y antiacademicismo	59
2 La Academia de San Fernando en el siglo XIX.....	61
3 Arquitectura y discurso académico	69
3.1 Planteamientos historiográficos.....	73
3.1.1 El mudéjar y lo árabe.....	77
3.1.2 La arquitectura medieval cristiana y el gótico como modelo.....	86
3.2 Decadencia. Regeneración. Eclecticismo	93
3.3 Arquitectura: Arte o Ciencia. La formación del arquitecto.....	113
3.4 Habitación y ciudad.....	122
II. LAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS DE ARQUITECTURA	131
1 La aparición del periodismo arquitectónico: las primeras revistas europeas, y su desarrollo en España.....	133
2 Las primeras publicaciones periódicas en España.....	149
2.1 <i>Boletín Enciclopédico de Nobles Artes</i> (1846).....	151
2.2 <i>Boletín Español de Arquitectura</i> (1846)	161
3 <i>Revista de Obras Públicas</i> (1853)	179
4 <i>Anuario de la Sociedad Central de Arquitectos</i> (1866) y <i>La Arquitectura Española</i> (1866)	184
5 <i>El Eco de los Arquitectos</i> (1870).....	194
6 Las publicaciones periódicas de la Sociedad Central de Arquitectos desde 1874 a 1891.....	210
6.1 <i>Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos</i> (1874).....	211
6.2 <i>Revista de la Sociedad Central de Arquitectos</i> (1876).....	215
6.3 <i>Revista de la Arquitectura Nacional y Extranjera</i> (1878)	221
6.4 <i>Revista de la Sociedad Central de Arquitectos</i> (1882, 2.a etapa).....	229

7 <i>Anales de la Construcción y de la Industria</i> (1876).....	240
8 <i>Resumen de Arquitectura</i> (1891).....	256
9 <i>Arquitectura y Construcción</i> (1897).....	270
10 <i>La Construcción Moderna</i> (1903).....	299
11 Otras publicaciones. <i>Arquitectura: "línea divisoria"</i>	322
III. LOS CONGRESOS NACIONALES DE ARQUITECTOS...	335
1 Importancia. Significación. Desarrollo.....	337
2 Discusiones	351
2.1 El Ideal arquitectónico y las posibilidades del hierro.....	351
2.2 Alojamiento obrero. El problema de la arquitectura barata y la urbanización	366
2.3 La Arquitectura Nacional: naturaleza y éxito de un pensamiento.....	384
2.4 Patrimonio monumental y criterios de restauración. Las aportaciones de Vicente Lampérez y Leopoldo Torres Balbás	409
BIBLIOGRAFÍA	437
1. TEXTOS DE ARQUITECTURA 1846-1919	439
2. BIBLIOGRAFÍA CITADA.....	471
2.1 Estudios de Historia, Pensamiento, Arte, Literatura, Política.	471
2.2 Arquitectura	470
APÉNDICES	485
Discursos de arquitectura pronunciados en la Academia de Bellas Artes de San Fernando 1859-1917.....	487
Catálogo de publicaciones periódicas.....	489

Prólogo

LA CRISIS DEL ESTILO EN LA ARQUITECTURA DEL SIGLO XIX

La historiografía arquitectónica más reciente coincide en señalar que los llamados “debates centrales del siglo XVIII” constituyeron la base de profundos cambios y de prolongadas incertidumbres que, en la centuria siguiente, culminarán con la llamada “crisis del estilo”. Asociado tal concepto al lento pero constante dominio del eclecticismo, los historiadores de la arquitectura han debatido y propuesto distintas interpretaciones del mismo. Henry-Russell Hitchcock popularizó el término “clasicismo romántico” para destacar su naturaleza ecléctica y para hablar del “creciente eclecticismo” de muchas obras anteriores a 1800. Peter Collins defendió que frente a la pureza del *revival*, el eclecticismo era un estilo de la contaminación. Luciano Patetta, por el contrario, defendió una concepción más extensa en el tiempo, con perfiles más abiertos, lejos del ideal más estricto de un estilo. Otros autores han desarrollado la condición ecléctica como un fenómeno cultural que necesariamente tenía sus raíces en el siglo XVIII, no como *estilo* sino como algo que define el ambiente intelectual que determinaba la reflexión y el proyecto arquitectónico (Joseph Rykwert; Joseph Mordaunt Crook).

Los debates abiertos a mediados del siglo XVIII alumbraron numerosos frentes en el dominio del clasicismo vitruviano. Por enumerar los más importantes, conviene recordar la trascendencia de la ampliación del conocimiento histórico de la Arquitectura mediante los “descubrimientos” arqueológicos, las publicaciones de la Antigüedad Clásica y de las “otras” arquitecturas. Al mismo tiempo se estaban produciendo los debates internos del clasicismo para dilucidar el peso de la racionalidad, el rigorismo, o la libre fantasía (Laugier, Lodoli, Algarotti, Piranesi). La filosofía empirista permitió confrontar al racionalismo vitruviano los nuevos principios

de la estética del sentimiento. Lo sublime y lo pintoresco se convierten en otras fuentes del placer, y la pluralidad de experiencias estéticas permitirá que el gusto individual vaya más allá de lo clásico. Se desata, entonces, la “babel estilística”, el “culto por los estilos” estudiado por John Summer-son. Y en paralelo, la idea de la Arquitectura sobre la que reflexionaron Boullée y Ledoux, amplifica hasta casi su distorsión la “grandeza” y la “moralidad” del clasicismo. El “carpetazo positivista” de Durand sirve tanto para contener los excesos del vitruvianismo, como para ponerlo a punto para una nueva metamorfosis: la *École de Beaux Arts* y sus cánticos posmodernos, como nos mostró Philip Johnson en su Escuela de Arquitectura de Houston (1982-1985) inspirada en la Casa de Educación de Ledoux (1773-1779).

En el siglo XIX, el problema será que la disolución del clasicismo —el hundimiento de la razón clásica vitruviana— priva de seguridad filosófica y ética al acto de proyectar. Serán necesarios otros discursos que restablezcan su razón de ser, finalidad y orgullo. Como acertadamente escribió Eric Forssman: “Se puede educar el gusto mediante el estudio de los clásicos, pero ya no se está dispuesto a aceptar reglas absolutas. De la misma manera, también el lenguaje arquitectónico vitruviano pierde su carácter obligatorio y es menester buscar otros efectos y otros medios expresivos”. Estos “otros” efectos y “medios expresivos” bien pudieran ser las “argumentaciones exteriores” (Werner Szambien) y las “pasiones” que Horacio Walpole invoca para sentir el gótico. Aparecen otras formas de entender la arquitectura, basadas en los sentimientos, en la experiencia sensible y en los placeres del gusto individual. Al dominio del clasicismo o frente al clasicismo, surgen múltiples opciones estilísticas y, al mismo tiempo, se debate de distintas formas el futuro de la razón clásica. En todo ese proceso surge una crítica: los casi infinitos estilos (la *Babel estilística*) ocultan un drama para muchos al constatar la pérdida o carencia de estilo propio en la arquitectura del siglo XIX. Si el grabado de la “cabaña primitiva” de Laugier para su crítica de la arquitectura barroca sugería a un joven arquitecto, un niño, aprender de los “orígenes” racionales de la arquitectura, un siglo más tarde, “El sueño del arquitecto” (1840) de Thomas Cole nos muestra una imagen muy distinta: un arquitecto, en plena madurez, se recuesta sobre las ruinas de lo clásico y contempla, sin demasiadas preocupaciones, un paisaje arquitectónico y urbano compuesto con todos los estilos históricos. La exigencia reflexiva se ha convertido en amable contemplación.

En los inicios del siglo XIX la “crisis del estilo” empezaba a preocupar a los más inquietos arquitectos y pensadores. Sin el conformismo que

proporcionaba el conocimiento cada vez más amplio de todos los estilos del pasado, la pregunta más angustiosa terminó siendo ¿en qué estilo debemos construir?; disponiendo de todos los estilos del pasado como fuente de imitación, inspiración, evolución..., ¿cuál de ellos resultaba más conveniente por razones políticas, culturales, funcionales, estéticas...? En fecha muy temprana, Richard Payne Knight, indagando sobre los “principios del gusto” en 1805, defendía el “estilo mezclado” de su Dowton Castle (1773-1778), al tiempo que formulaba todo un programa para que los arquitectos de futuras generaciones supieran encontrar la verdadera arquitectura “nuestra”. En Alemania el debate lo formuló Heinrich Hübsch en 1828, propiciando un temprano interés por el románico; en Inglaterra, Thomas Hope, autor bien conocido entre los pensadores españoles, recomendaba en 1835 la adopción de lo mejor de cada estilo del pasado como fundamento de un futuro “estilo propio”.

El pensamiento arquitectónico ecléctico se desarrolló en España desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. A este ciclo largo pertenecen, en mi opinión, tanto las primeras formulaciones (en el entorno de la difusión de la polémica gótica y de la aparición de las primeras revistas de arquitectura), hasta las distintas hipótesis del nacional-regionalismo, que en los años veinte y treinta todavía sirvió de contención para la vanguardia racionalista. Aproximadamente siete décadas en las que se discutió intensamente sobre las mismas cuestiones que se planteaban en otros países europeos. Ya sea en los discursos académicos, en las revistas profesionales de arquitectura o en los congresos nacionales de arquitectos, los principales debates afectaron a la relación que podía establecerse entre conocimiento historiográfico y la práctica arquitectónica; al cuestionamiento del estado de la arquitectura contemporánea, analizando las razones de su “decadencia” y los medios para su “regeneración”; la función de las nuevas revistas profesionales en defensa de los “derechos privativos”, pero también a favor del desarrollo del pensamiento crítico; el prolongado debate sobre el eclecticismo, una “discusión abierta” (Antonio Zabaleta) acerca de su legitimidad o repudio; las posibilidades redentoras de la arquitectura del “nacional-regionalismo”; las controversias sobre criterios de conservación monumental, revisando la validez de la doctrina violletiana; o las cuestiones de gran relevancia política y social relativas a los problemas de la urbanización moderna y las mejores soluciones urbanísticas y tipológicas para alojar a la población obrera.

El pensamiento arquitectónico en España, entre 1846 y 1919, no pudo eludir el dominio de la condición ecléctica; circunstancia que no debe

confundirse con el eclecticismo entendido como opción estilística particular. El eclecticismo —consecuencia inevitable del historicismo gestado en la segunda mitad del siglo XVIII— se prefigura en aquel momento, como observó Rykwert, pero no llega a convertirse en doctrina filosófica y política hasta que se produce el hundimiento de la Idea imperial napoleónica. En el campo de la cultura artística, en general, o del pensamiento arquitectónico, en particular, el eclecticismo se fortalece en la lucha de los románticos contra el *exclusivismo* de las *razones clásicas*, como veremos en los textos de José Caveda, José Amador de los Ríos, Manuel de Assas y Antonio de Zabaleta, entre otros. Puede afirmarse que la condición ecléctica del pensamiento arquitectónico se prolonga desbordando el período (desde 1830 a 1850 aproximadamente) en el que el doctrinarismo ecléctico fue la filosofía política del moderantismo que se impuso en el orden intelectual y jurídico del país.

El período estudiado aparece acotado entre dos fechas bien significativas: 1846 y 1919. La primera, no solo indica la aparición de las dos primeras publicaciones periódicas de arquitectura (el *Boletín Enciclopédico de Nobles Artes* y el *Boletín Español de Arquitectura*), sino que también nos sitúa en una década en la que se producen importantes acontecimientos históricos, como son, en el ámbito político, los comienzos del reinado efectivo de Isabel II y la promulgación de la Constitución de 1845, que determinará los principios jurídicos y políticos de la *década moderada*; y, en el campo de la cultura artística y arquitectónica, en particular, la reforma de la Academia de San Fernando, de la que se deriva el establecimiento de la Escuela Especial de Arquitectura, y la creación, en las mismas fechas, de la Comisión central de Monumentos históricos y artísticos. En el panorama de la cultura arquitectónica europea, 1846 centra la polémica entre *góticos* y *clásicos*, que fue seguida con interés en nuestro país.

Por otro lado, en 1919 se celebra el VIII Congreso Nacional de Arquitectos —en el que Torres Balbás exigiría la aplicación de nuevas técnicas y métodos para la restauración *conservadora*—, un año después de que los redactores de *Arquitectura*, creada en 1918, intuyeran certeramente encontrarse en una “línea divisoria” entre dos épocas radicalmente distintas. En efecto, en torno a esa fecha se producen algunos hechos de gran importancia para la cultura arquitectónica: en 1914, Antonio Sant’Elia había redactado el *Manifiesto de la Arquitectura Futurista*; Bruno Taut, en 1918, traza el *Programa para la Arquitectura*; Walter Gropius, un año más tarde, da a conocer el *Programa para la Bauhaus de Weimar*; y, entre nosotros, obtienen el título profesional los arquitectos que constituirán la *Generación del 25* (Rafael Bergamín, Luis Blanco Soler, Regino Borobio, Casto Fernández

Shaw, Luis Lacasa, Fernando García Mercadal, Carlos Arniches, Luis Gutiérrez Soto...).

Quienes discurrieron sobre las condiciones en las que se encontraba la arquitectura contemporánea, lo hicieron desde presupuestos ideológicos o estéticos muchas veces enfrentados. De ahí la permanente controversia que caracteriza al pensamiento arquitectónico objeto de este estudio, restituído a través de discursos académicos, revistas de arquitectura y congresos. A las polémicas doctrinales y divergencias historiográficas, se unieron los debates sobre la función social de la Arquitectura o el prestigio y *atribuciones privativas* de los arquitectos frente a la expansión, influencia y progreso de la Ingeniería. De todos estos problemas se ocuparon quienes, al ingresar en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, confirmaron la revalorización historiográfica de la arquitectura medieval, tanto cristiana como islámica, o plantearon la “rehabilitación histórica” de la arquitectura, según dijo Jareño; quienes crearon y fomentaron el periodismo arquitectónico, convencidos de tener un *palenque* para la *regeneración* del arte arquitectónico y la recuperación del prestigio de los arquitectos; o quienes, en las sesiones de los congresos, discutieron todos los problemas que afectaban al dominio de lo arquitectónico, desde sus *ideales*, hasta el *trazado artístico* de la ciudad, pasando, naturalmente, por la defensa de atribuciones.

Los capítulos que integran este libro surgieron de la agrupación de textos en *contenedores* de literatura arquitectónica que tienen, por sí mismos, una especial relevancia. Mientras que la Academia de San Fernando sigue siendo, en el siglo XIX, una institución que ejerce considerable influencia, las revistas y los congresos son fenómenos peculiares de una sociedad sometida a las transformaciones impuestas por el ascenso de la burguesía, que, no solo afectaron a la naturaleza del poder político o de la propiedad, sino que también alcanzaron a remodelar toda la cultura europea: el romanticismo burgués —así, al menos, pensaron muchos de sus políticos e intelectuales— quiso acabar con el clasicismo aristocrático del setecientos.

En el capítulo I, “*Los discursos de Arquitectura en la Academia de Bellas Artes de San Fernando*”, no se ha intentado una historia de la Academia en el siglo XIX. Hacia la década de 1840, en el seno de la misma arraiga la doctrina ecléctica con el doble objetivo de rechazar los restos del clasicismo ilustrado y, sobre todo, con la intención de convertirse en una doctrina regeneradora de la institución, capaz de afrontar ataques como los del más combativo romanticismo nazareno de Galofre. Por este doble camino, las apelaciones al eclecticismo serán constantes. Baste recordar, para com-

prender la inclinación ecléctica de la Academia, el hecho de que quien fuera durante muchos años su secretario, José Caveda, fue uno de los intelectuales de la época más convencidos de las virtudes políticas y culturales del eclecticismo. A favor de esta doctrina se pronunciarían también otros destacados académicos, como fueron José Amador de los Ríos, Francisco de Cubas y Juan de Dios de la Rada, entre otros.

Hemos acudido a los discursos para detectar cuáles fueron las inclinaciones historiográficas más sobresalientes. Como señalamos, los discursos fueron, en su mayoría, declaraciones historiográficas que transmiten una cierta preferencia por la arquitectura medieval; culminaba así la tímida apreciación que de ella hicieron algunos *ilustrados* y la devoción que sintieron los románticos, asegurando la definitiva revalorización crítica de aquel arte. No puede extrañar, en consecuencia, que el tratamiento metodológico difiera sustancialmente de unos discursos a otros, pasando, desde el más puro sensualismo romántico, hasta los análisis violetianos de Pedro de Madrazo y el riguroso positivismo de Juan Facundo Riaño, sin olvidar la afectación espiritual del Marqués de Monistrol.

Hemos comprobado, también, que las preferencias historiográficas estuvieron estrechamente concatenadas con el gusto estético y, por lo tanto, con las opciones que este brindaba al arte de la época. Tal acuerdo estaba muy presente en José Amador de los Ríos, quien no solo defendió una novedosa línea de investigación histórica, sino que supo cuál podría ser el alcance de su *descubrimiento*, proponiendo la revitalización del mudéjar como orientación de la cultura artística contemporánea. Jareño, por su parte, cuando estudia la policromía de la arquitectura clásica —polémica arqueológica que durante algunas décadas ocupó un primer lugar en los círculos eruditos de toda Europa— lo hace pensando en su aplicación, combinada con el uso del hierro, para constituir el *estilo propio* de la arquitectura contemporánea.

La aparición y el desarrollo de las revistas de arquitectura se estudia en el capítulo II. A diferencia de la tratadística arquitectónica de siglos anteriores, las publicaciones periódicas especializadas en arquitectura asumen uno de los rasgos peculiares de la moderna sociedad burguesa e industrial: multiplicar la capacidad de difusión del conocimiento, haciéndolo, a la vez, de manera económicamente menos gravosa. Este objetivo subyace en todas las argumentaciones empleadas en los *prospectos* o declaraciones editoriales de cuantas revistas hemos estudiado. Era esta la estrategia que siguieron todas las revistas de arquitectura para implantarse como privilegiado instrumento con el que se pretendían resolver los más variados problemas culturales y profesionales.

En efecto, las revistas de arquitectura fueron un instrumento utilizado tanto para defender los *derechos privados* de una profesión, como la doble naturaleza, técnica y artística, de la Arquitectura. Quienes promovieron la existencia de este tipo de periodismo especializado, participaban de la misma convicción que tuvieron los creadores del moderno periodismo: el poder del medio, ya se tratara de divulgar doctrinas políticas, o de apoyar movimientos culturales como el romanticismo, primer fenómeno intelectual en cuya difusión desempeñaron un papel decisivo las revistas. Todos aprovecharon el perfeccionamiento de las técnicas de impresión y estampación, lo que implicaba también una notable disminución de costes.

Los conflictos profesionales determinaron la creación de órganos periódicos que asumían la defensa de intereses profesionales. Así nacieron, en la primera mitad del siglo diecinueve, muchas de las principales revistas europeas de arquitectura. En las mismas circunstancias se produjo la creación del *Boletín Enciclopédico de Nobles Artes* en 1846, a raíz de la polémica *Instrucción* sobre obras públicas de 10 de octubre de 1845, marcando un comportamiento que solo los *Anales de la Construcción y de la Industria*, entre 1876 y 1890, eludieron con gran acierto. A partir de su ejemplo, el conflicto profesional ya no tiene el valor desencadenante que tuvo en décadas anteriores, aunque la defensa de los *derechos privados* nunca desaparecería de entre los objetivos de cualquier nueva revista.

Junto a ello, las publicaciones periódicas desempeñaron otras funciones. Sus páginas contribuyeron al fortalecimiento de la condición ecléctica del pensamiento arquitectónico, siendo, a la vez, consecuencia de aquella. En tanto óptimo espacio de confrontación doctrinal, sirvieron para difundir ideas enfrentadas; como medio difusor de modelos arquitectónicos, todas ofrecieron una diversidad figurativa acorde con el historicismo cultural del siglo. Las revistas sirvieron para divulgar los avances que se producían en el conocimiento histórico de la arquitectura, así como en las técnicas de construcción y nuevos materiales.

El capítulo III, “*Los Congresos Nacionales de Arquitectos*”, se dedica al estudio de los ocho primeros celebrados entre 1881 y 1919. Este tipo de reuniones es también, como las revistas, un fenómeno característico del siglo XIX, desarrollado en los más diversos campos profesionales, científicos y culturales. En 1902, Manuel Vega y March, desde las páginas de *Arquitectura y Construcción* enumeraba los beneficios que podían esperarse de la celebración periódica de tales reuniones. Hasta esa fecha, solo se habían celebrado dos convocatorias de carácter nacional: la de 1881, en Madrid, coincidiendo con el Centenario de Calderón, y la de 1888, en Barcelona, al mismo tiempo que se celebraba la Exposición Universal; congresos

internacionales se habían realizado en cinco ocasiones, en París (1867, 1878, 1889, 1900) y Bruselas (1897). Tanto unos como otros tuvieron unos objetivos equivalentes, en gran medida, a los de las publicaciones periódicas. Ante todo, buscaron la defensa profesional, entendida en su más amplio sentido: desde las *atribuciones privadas*, hasta el reconocimiento social que se desprendía de una actividad en la que se combinaban los conocimientos científicos y artísticos, de un modo excepcional en comparación con otras profesiones.

Su estudio aquí se ha efectuado atendiendo a las cuestiones que más afectan al pensamiento arquitectónico, no solo en materias puramente doctrinales, como pudiera ser la discusión sobre el *Ideal* en el congreso de 1881, sino también considerando otros problemas cuyos debates singularizan el discurrir arquitectónico a lo largo de varias décadas. Resulta difícil una evaluación justa de las consecuencias derivadas de las discusiones y acuerdos adoptados. En 1908, Salvador Sellés advertía que los congresos no podían limitarse a ser meros “torneos oratorios” de los que no se derivaran medidas eficaces. Lo cierto es que algunas discusiones tuvieron una gran repercusión pública, sin que necesariamente se tradujeran de forma inmediata en disposiciones legislativas concretas, como pedía Sellés. Recuérdese, por ejemplo, la condena de los barrios obreros en el primer congreso; la discusión sobre el uso del hierro en los congresos de 1881 y 1888; la polémica en torno al nacionalismo-regionalismo en el congreso de San Sebastián; los problemas sobre custodia y conservación del patrimonio arquitectónico en las convocatorias de 1907 y 1919; o las diversas ocasiones en las que se trataron aspectos relativos a la *urbanización* de ciudades modernas y antiguas. En todos estos debates se pusieron de manifiesto las discrepancias teóricas existentes en el momento de buscar soluciones a dilemas que se instalaron en la cultura arquitectónica tras la disolución de la infalibilidad del *vitruvianismo* y la hegemonía de las argumentaciones eclécticas.

El libro *Eclecticismo y pensamiento arquitectónico en España* fue publicado por la Diputación Provincial de Granada, en su colección “Biblioteca de Ensayos”, en 1987. Ahora, por acuerdo con la Universidad de Granada, vuelve a publicarse sin cambios ni añadidos, salvo la incorporación de ilustraciones en el capítulo segundo. Se ha creído oportuno, eso sí, preceder el texto con un prólogo que el autor desea concluir con el recuerdo más afectuoso al profesor Pita Andrade, ya fallecido. Al profesor emérito de la Universidad de Granada, Ignacio Henares Cuéllar, con quien tengo una deuda intelectual impagable. Y por último, mi agradecimiento a las responsables de las instituciones que han permitido la reedición del

libro: a Pilar Parra Arcas, responsable del Servicio de Publicaciones de la Diputación de Granada, y a M^a Isabel Cabrera García, directora de la Editorial Universidad de Granada, admirada y querida compañera.

Estudio introdutorio

1

PRELIMINAR

El pensamiento arquitectónico del eclecticismo puede ofrecer tanto o más interés que las presumibles cualidades figurativas o técnicas de la arquitectura construida bajo su influencia. Y ello, porque el discurrir en torno a la Arquitectura adquiere un permanente tono polémico, debido a que, en definitiva, son numerosas las cuestiones que exigen ser replanteadas tras el hundimiento de la razón clásica. Pero antes de proseguir, se hace patente la necesidad de considerar dos cuestiones preliminares: el concepto de eclecticismo y su ámbito cronológico. Ante todo, conviene precisar que el término “eclecticismo” tiene un inevitable valor polisémico, pues, al margen de su significación filosófica, política o literaria —de lo que nos ocuparemos posteriormente—, su utilización histórica e historiográfica en el campo de la arquitectura no ha sido ni es siempre la misma; por no hablar de las más recientes tendencias “neo-eclécticas” que invaden el proyecto y la crítica arquitectónica en los últimos años. En el estudio de las ideas arquitectónicas, así como en el de la arquitectura construida, el dilema sigue planteado a la hora de encontrar un término que nombre de manera coherente al largo período comprendido entre la Ilustración y el Movimiento Moderno; tanto más difícil, cuanto que estos mismos conceptos no escapan a una obligada revisión historiográfica.

A partir de mediados del siglo XVIII, la Historia de la Arquitectura se ve sometida —con mayor o menor efecto— a un conjunto de fenómenos culturales y sociales que determinan su complejidad. De aquí se desprende —como han demostrado Kenneth Clark, Peter Collins, Nikolaus Pevsner, Robert Macleod, David Watkin, Luciano Patetta, Georg Germann, Joseph Rykwert o Renato de Fusco, entre otros— la importancia que tiene el entramado de las ideas que forman parte del discurrir arquitectónico,

es decir, de la arquitectura “pensada”. Esta fue la aportación metodológica que cabe reconocer en un estudio pionero de Kenneth Clark, *The Gothic Revival, An essay in the History of Taste*, publicado por primera vez en 1928. A pesar de la repercusión que ha tenido el libro de Clark en la historiografía arquitectónica, su investigación se centraba en la naturaleza de un “revival”, puede decirse que modélico, pero no atendía otros aspectos de la cultura arquitectónica del siglo XIX con el mismo interés¹.

Cuando Peter Collins publica en 1965 los *Changing Ideals in Modern Architecture*, propone una delimitación cronológica decididamente larga: 1750-1950; en ella establece la sucesión de distintos “revivals”, a los que opone el “eclecticismo” predominante en la segunda mitad del siglo XIX, considerado como una “actitud especial hacia el pasado”, distinta al “revival”². De este modo, el eclecticismo equivaldría a una peculiar tendencia estilística, en la que ha desaparecido la pureza o linealidad que caracterizaría al “revival”. Algunos años más tarde, en 1975, Luciano Patetta escribe *L'Architettura dell'Eclettismo. Fonti. Teorie. Modelli. 1750-1900*, libro de amplísima documentación sobre textos de arquitectura (materia hacia la que Patetta ha demostrado tener predilección), en donde la primera advertencia va dirigida a delimitar un contenido semántico y temporal distinto al de Collins: “Solitamente —comienza señalando Patetta—, per Architettura dell'Eclettismo si intende la produzione polistilistica che caratterizza la seconda metà dell'Ottocento, derivata dalla disponibilità degli architetti ad adottare indifferentemente stili diversi, o addirittura a comporli fra loro in un unico edificio. In questo libro, invece, è considerato Eclettismo il complesso delle esperienze architettoniche he dal 1750 alla fine dell'Ottocento, cioè dalla crisi del Classicismo alle origini del Movimento Moderno”³. Con esta perspectiva historiográfica, Patetta puede resolver mejor la relación entre la singularidad de los “revivals” y el predominio cierto de la “progettazione eclettica” en la segunda mitad del siglo XIX. Ya anteriormente, Renato de Fusco, al publicar en 1974 su *Storia dell'architettura contemporanea*, había desligado el eclecticismo de los límites establecidos por Collins; Fusco emplea la expresión “eclettismo storicistico” con valor de “estructura estilística” en la que —siguiendo el

1 “It has seemed —comenzaba afirmando Clark— as if no art could be too strange, no artist too insignificant to escape attention”; CLARK, Kenneth, *The Gothic Revival. An Essay in the History of Taste* (1983), p. 7.

2 COLLINS, Peter, *Los ideales de la arquitectura moderna. Su evolución, 1750-1950* (1970), p.117.

3 PATETTA, Luciano, *L'architettura dell'Eclettismo. Fonti. Teorie. Modelli, 1750-1900* (1975), p. 7.

concepto de “tipo-ideal” de Max Weber— quedarían englobados una serie de problemas que habitualmente no se consideran en una noción más tradicional de “estilo”, tales como los procesos de transformación urbana; la influencia de una disciplina técnica que acapara las mayores innovaciones y en la que se depositan los ideales de progreso inseparables de una sociedad industrial (la ingeniería); o todo el entramado cultural que repercute en la elaboración de una determinada “idea” de la Arquitectura⁴.

En estas páginas, el eclecticismo tendrá dos acepciones cuando se utilice con sentido historiográfico. En primer lugar, entenderemos por condición ecléctica la fundamentación del pensamiento arquitectónico entre la aparición de los primeros fenómenos que quebrantan la exclusividad del clasicismo (operación crítica iniciada por el *Gothic Revival* y concluida por los románticos), y la aceptación generalizada del racionalismo en torno a 1920. En segundo lugar, el eclecticismo puede aparecer también con el significado más concreto que le asignó Collins, equivalente a lo que Patetta ha llamado “progettazione eclettica”. Es este significado el que con más frecuencia aparece en los textos que hemos analizado para recomponer el discurrir arquitectónico en España, entre 1846 y 1919. Ahora bien, cuando en ellos se alude al eclecticismo contemporáneo, no sólo se considera la multiplicidad de recursos figurativos fusionados en un proyecto, sino —especialmente— la disponibilidad de códigos estilísticos asumibles en función del programa arquitectónico, con mayor o menor fidelidad arqueológica. Y esto, en realidad, estaba sucediendo desde mediados del siglo XVIII, momento en el que puede situarse el principio de la condición ecléctica que determinará la naturaleza de la cultura arquitectónica del siglo XIX y primeras décadas del XX.

Otra advertencia preliminar tiene que hacerse con respecto al empleo de los términos “historicismo” y “eclecticismo”. El primer concepto define —según Meinecke— una facultad genérica del pensamiento moderno, cuyo origen se encontraría en la segunda mitad del siglo XVIII, caracterizada por introducir en el conocimiento intelectual una serie de elementos anti-iluministas. Estos son los que conformaron un nuevo entendimiento de la Historia, no apoyado en la fiabilidad de la Razón, sino basado en la rehabilitación de las capacidades subjetivas del individuo y en la relatividad del acontecer histórico⁵. El “revival” en arquitectura, por lo tanto, sería una actitud que cobra sentido sólo dentro del razonamiento

4 FUSCO, Renato de, *Storia dell'architettura contemporanea* (1977, 3.ª ed.), I, p. VII.

5 MEINECKE, Friedrich, *El Historicismo y su génesis* (1983); véase, especialmente, la “Advertencia preliminar”.

historicista; o lo que es lo mismo, operaciones arquitectónicas posibles en el marco de la cultura historicista. Así se comprende el interés de Susanne Lang por reconocer las diferencias entre “survival” y “revival” góticos en la cultura arquitectónica inglesa del siglo XVIII⁶. Si el historicismo es, pues, una cualidad de la cultura europea desde mediados del siglo XVIII, que, por lo tanto, repercute en todas las esferas particulares del pensamiento, no puede extrañar que se hable de la arquitectura “historicista” para identificar el modo de la creación arquitectónica en una sociedad en la que se ha impuesto una peculiar forma de entender los acontecimientos históricos y la utilidad del legado artístico de otras épocas. Puede decirse, entonces, que hablar de arquitectura “historicista” y arquitectura “eclectica” serían expresiones equivalentes. No sería erróneo; pero conviene aclarar que, en el primer caso, se quiere situar los hechos arquitectónicos en el ámbito de los intereses culturales contemporáneos; mientras que, en el segundo caso, se tiende a destacar la naturaleza específica del pensamiento arquitectónico. El contexto de un análisis, en definitiva, puede conducir a usar una expresión u otra.

La necesidad de contar con una historia del pensamiento arquitectónico es, cada vez más, un reto historiográfico de gran interés. Y lo es aún más en el caso de la arquitectura del siglo XIX, por tratarse de una etapa sometida a frecuentes descalificaciones, incluso por sus propios protagonistas, en quienes era frecuente lamentarse de la decadencia y esterilidad creativa del arte arquitectónico, acosado, en unas ocasiones, por la pasión arqueológica; en otras, por el prestigio de la ingeniería. Pero como escribió Bruno Foucart, presentando una antología de textos de Viollet-le-Duc, y aludiendo al efecto que causó la gran exposición conmemorativa del centenario de la muerte del arquitecto, celebrada en el Grand-Palais en 1980: “Le XIXe siècle et ses acteurs ont désormais acquis le droit à l’histoire, à cette compréhension intime et sympathique qui est le privilège et l’intérêt du temps écoulé”⁷. Por su parte, David Watkin ha señalado: “Scholarship of outstanding quality has recently been applied to the neglected heritage of nineteenth-century French rationalism and classicism”⁸. La obra de Clark ya citada; el libro de Christopher Hussey, *The Picturesque. Studies in a Point of View* (1927); los estudios de Nikolaus Pevsner, J. Mordaunt Crook, John Summerson, Louis Hautecoeur, o Henry-Russell Hitchcock —entre

6 LANG, Susanne, “The Principles of the Gothic Revival in England”, J.S.A.H., XXV (1966), pp. 240-267.

7 FOU CART, Bruno, *Viollet-le-Duc. L’Eclétisme raisonné. Choix de textes* (1984), p. 7.

8 WATKIN, David, *The Rise of Architectural History* (1983), p. 48.

otros—, han revalorizado la historiografía arquitectónica del siglo XIX⁹. En 1975, el Museo de Arte Moderno de Nueva York organizaba una exposición dedicada a “The Architecture of the Ecole des Beaux-Arts”, que sirvió para revisar un fenómeno determinante de las teorías arquitectónicas del siglo XIX, pues, como dijo Arthur Drexler, “... the architecture taught and practiced by the Ecole des Beaux-Arts again rewards thoughtful study. We have rediscovered some of its problems”¹⁰. Desde su fundación en 1941, el *Journal of the Society of Architectural Historians*, —en adelante J.S.A.H.— ha prestado especial atención a los estudios sobre arquitectura del siglo XIX. Paolo Portoghesi —entre otros—, destacó la aportación del eclecticismo en la configuración moderna de nuestras ciudades, en las que un alto porcentaje de su patrimonio arquitectónico corresponde al siglo XIX, y es hoy estimado en cualquier política de protección y rehabilitación de bienes culturales¹¹. Todas estas indicaciones —recordadas casi al azar— son suficientes para dejar constancia del atractivo que ofrece el intentar restituir el pensamiento arquitectónico del siglo XIX, en toda su complejidad interna, y en sus relaciones con la cultura contemporánea, aunque todavía resulta una empresa difícil y pionera.

En España, a pesar de importantes contribuciones que en los últimos años han permitido conocer la arquitectura construida, a lo largo del siglo XIX y primeras décadas del XX, en los más importantes núcleos urbanos, pocos han sido los estudios preocupados por la cultura arquitectónica. Puesto que, entre nosotros, han faltado personalidades como Pugin, Ruskin, Viollet-le-Duc, Morris, Daly, Semper o Wagner, es decir, arquitectos o “publicistas” que nos hubieran dejado una literatura arquitectónica tan dilatada e influyente —o conocida— como la de los autores citados, es preciso detenerse a considerar aquellos textos producidos como discursos de recepción en la Academia de Bellas Artes de San Fernando; repro-

9 Para una visión más amplia de las principales contribuciones historiográficas sobre la arquitectura del siglo XIX, véase, WATKIN, David, *op. cit.*, en especial, los capítulos VI: “Victorian and Neo-Classical Studies” y VII: “Some Recent Tendencies”; puede verse, asimismo, NORTON, Paul F. *Victorian England: Selected Readings*, J.S.A.H., XXXII (1973), pp. 75-78; y KORNWOLF, James D. *High Victorian Gothic; or the Dilemma of Style in Modern Architecture*, J.S.A.H., XXXIV (1975), pp. 37-47.

10 DREXLER, Arthur (Ed.), *The Architecture of the Ecole des Beaux-Arts* (1977), p. 7. La exposición permitió que se publicara un importante volumen de estudios—editado por Drexler—, en el que, junto a éste, colaboraron Richard Chafee, Neil Levine y David Van Zanten. Tres años más tarde, el prestigio de la institución —tan maltratada en otras ocasiones— quedaba suficientemente asegurado en un libro de EGBERT, Donald Drew, *The Beaux-Arts Tradition in French Architecture* (1980).

11 PORTOGHESI, Paolo, *L'Eclettismo a Roma, 1870-1922* (1968), p. VII.

ducidos en las publicaciones periódicas profesionales de arquitectura; o destinados a las discusiones de los congresos nacionales de arquitectos. Por razones distintas en cada caso, constituyen fenómenos —o “contenedores” de literatura arquitectónica— de singular interés e importancia. Esto justifica, según nuestro criterio, la redacción de capítulos específicos dedicados al examen de las cuestiones tratadas en los discursos académicos; al estudio de la aparición y desarrollo de las revistas especializadas de arquitectura; y al análisis de los debates suscitados en las sesiones de los primeros congresos nacionales de arquitectos.

Las fechas que delimitan nuestra investigación corresponden al nacimiento, en 1846, de las dos primeras revistas de arquitectura (*Boletín Enciclopédico de Nobles Artes* y *Boletín Español de Arquitectura*), y a la celebración, en 1919, del VIII Congreso Nacional de Arquitectos. La aparición de las dos revistas citadas se produce poco después de dos hechos muy significativos y estrechamente relacionados: la reorganización de la Academia de San Fernando y la creación de la Escuela Especial de Arquitectura. En el otro extremo, la celebración del VIII congreso sucede cuando comienzan a surgir las primeras ideas renovadoras del pensamiento arquitectónico, un año después de la creación de la revista *Arquitectura*, que, no en balde, se definirá como “línea divisoria” entre dos épocas.